ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

Es imposible negar que en este importante pasaje coloca Orígenes, de un modo claro, los Misterios Cristianos en la misma categoría que los del mundo pagano, y reclama que no se convierta en asunto de ataque contra el Cristianismo lo que no se considera como un descrédito para otras religiones.

Continuando su polémica con Celso, declara que las enseñanzas secretas de Jesús fueron conservadas en la Iglesia; y al contestar á la comparación que hace Celso de «los Misterios internos de la Iglesia de Dios» con el culto egipcio de los animales, se refiere en particular á las explicaciones que dió aquél á sus discípulos acerca de sus parábolas. «No he hablado todavía de la observancia de todo lo que está escrito en los Evangelios, cada uno de los cuales contiene mucha doctrina difícil de comprender, no solamente para la multitud, sino aun para los más inteligentes, debiendo añadir una profundísima explicación de las parábolas que Jesús predicó á 'los de fuera', de cuyo significado reservaba la exposición completa para aquellos que habían dejado atrás la etapa de la enseñanza exotérica y que acudían á él privadamente en la casa. Y cuando se llegue á comprender esto, será de admirar la razón por qué se dice que algunos están 'fuera' y otros 'en la casa'» (1).

(1) *Ibid.*

Se refiere también con precaución á la «montaña» que ascendió Jesús, de la cual descendió para ayudar á «los que no podían seguirle hasta donde iban sus discípulos» (1). Se aludía á «la Montaña de la Iniciación», frase mística muy conocida, pues Moisés hizo también el tabernáculo con arreglo al modelo «que se te enseñó en la montaña» (2). Más tarde vuelve Orígenes á hacer referencia á lo mismo, al decir que cuando Jesús estaba en la «Montaña», se mostró en su apariencia real muy diferente de como lo veían los que no podían «seguirle á lo alto» (3).

Del propio modo observa Orígenes en su comentario del Evangelio de Mateo, Cap. XV, y al ocuparse en el episodio de la mujer siro-fenicia: «Y quizá también entre las palabras de Jesús las hay que puedan darse á modo de panes sólo á los más racionales, como á niños; y otras, cual si fueran mendrugos de la gran casa y de la mesa de los bien nacidos, que podrán ser empleadas por algunas almas á manera de perros».

Lamentándose Celso de que los pecadores fuesen llevados al seno de la Iglesia, contesta Orígenes que la Iglesia tenía medicinas para los que estaban enfermos, así como el estudio y el conocimiento de las cosas divinas para los que disfrutaban de salud. A los pecadores se enseñaba á no pecar, y sólo cuando se veía que habían progresado y que se habían «purificado por la Palabra», «entonces, y no antes, los invitamos á participar de nuestros Misterios. Porque nosotros hablamos sabiduría entre aquellos que son perfectos» (4). Los pecadores se allegan para curarse: «Pues hay ayudas en la divinidad de la Palabra para sanar á los enfermos... Otras hay también que exhiben á los puros de alma y cuerpo la 'revelación del Misterio', que se mantuvo secreto desde el principio del mundo, pero que ahora se ha hecho manifiesto por los escritos de los profetas y por la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual aparición es patente á todos los perfectos, é ilumina su razón para el verdadero conocimiento de las cosas» (5). Tales apariciones de seres divinos se verificaban, como hemos visto, en los Misterios paganos, y los de la Iglesia tuvieron á su vez iguales gloriosos visitantes. «Dios el Verbo», dice, «fué enviado como un médico para los pecadores, y como instructor de los Misterios Divinos para los que están ya purificados y no pecan más» (6). «La sabiduría no penetrará en el alma de un hombre bajo, ni morará en un cuerpo sumido en el pecado»; por tanto, estas enseñanzas más elevadas se dan solo á los «atletas de la piedad y de todas las virtudes.»

Los Cristianos no admitían á los impuros á este conocimiento, sino que decían: «Quien quiera que tenga manos limpias y, por tanto, eleve á Dios

(1) *Ibid.*
(2) Ex. XXV, 40, XXVI, 30 y compárese con Heb. VIII, 5 y IX, 23.
(3) *Origen Against Celsus*, lib. IV, cap. XVI.
(4) *Ibid*, lib. III, cap. LIX.
(5) *Ibid*, cap. LXI.
(6) *Ibid*, cap. LXII.

manos santas... venga á nosotros;... quien quiera que esté puro, no sólo de toda suciedad, sino también de lo que se considera como transgresiones menores, sea abiertamente iniciado en los Misterios de Jesús, que sólo se dan á conocer con propiedad á los santos y á los puros». Por esto, antes que empezase la ceremonia de la Iniciación, el Hierofante, que era aquel que actuaba como Iniciador con arreglo á los preceptos de Jesús, hacía la proclamación significativa «á los que han sido purificados en su corazón: Que aquel cuya alma no ha tenido conciencia de mal alguno en mucho tiempo, especialmente desde que se entregó á la purificación de la Palabra, oiga las doctrinas que fueron expuestas por Jesús á Sus discípulos genuinos en privado.» Esta era la entrada en la «iniciación de los sagrados Misterios para los que estaban ya purificados» (1). Sólo éstos podían aprender las realidades de los mundos invisibles; sólo ellos podían entrar en los sagrados recintos en donde, como antaño, eran ángeles los instructores, y en donde el conocimiento se comunicaba por medio de la vista además de la palabra. Es imposible que deje de llamar la atención la diferencia de tono entre estos cristianos y sus modernos sucesores. Para aquéllos, la pureza perfecta de vida, la práctica de la virtud, el cumplimiento de la Ley divina en todos los pormenores de la conducta externa, la completa rectitud eran—lo mismo que para los paganos—sólo el principio del sendero en lugar del fin. En los tiempos actuales se considera que la religión ha logrado gloriosamente su objeto, cuando ha formado al Santo; en los tiempos primitivos dedicaba sus más elevadas energías á los Santos, y cogiendo á los puros de corazón, los conducía á la Visión Beatífica.

De nuevo se hace patente este mismo hecho de la enseñanza secreta, cuando discute Orígenes los argumentos de Celso sobre la cordura de sostener las costumbres de abolengo, que se fundaban en la creencia de que «las diversas partes de la tierra fueron asignadas desde el principio á distintos Espíritus directores, quedando así distribuídas entre ciertos Poderes gobernantes, en la cual forma se llevaba el regimiento del mundo» (2).

Después de censurar Orígenes las deducciones de Celso, prosigue: «Pero como creemos probable que este tratado caerá en manos de algunos de los que están acostumbrados á investigaciones más profundas, nos aventuraremos á exponer algunas consideraciones más hondas, que encierran una perspectiva mística y secreta respecto á la distribución original de las varias partes de la tierra entre diversos Espíritus directores» (3). Dice que Celso no comprendió los motivos más profundos del arreglo de los asuntos terrestres, de los cuales da razón la misma historia de Grecia. Cita luego el Deuteronomio, XXXII, 8-9: «Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó á los hijos de Adán, estableció los términos de los pueblos conforme

(1) *Ibid*, cap. LX.
(2) Vol. XXIII, *Origen Against Celsus*, lib. V, cap. XXV.
(3) *Ibid*, cap. XXVIII.

al número de los Angeles de Dios; y la parte del Señor fué su pueblo Jacob, é Israel la cuerda de su heredad.» Esta es la versión de los Setenta, no la de la traducción inglesa autorizada, pero es muy significativo que la denominación el «Señor» se considera correspondiente sólo al Angel Gobernador de los judíos, y no al «Altísimo», esto es á Dios. Este concepto ha desaparecido por ignorancia, y de aquí la impropiedad de muchas declaraciones relativas al «Señor», al ser aplicadas al «Altísimo», como por ejemplo, la consignada en el libro de los Jueces, I, 19.

Después refiere Orígenes la historia de la Torre de Babel, y continúa diciendo: «Mas sobre estos asuntos mucho místico puede decirse, con lo cual tiene relación lo siguiente: 'Es conveniente tener secreto de rey', Tobit, XII, 7, á fin de que la doctrina de la entrada de las almas en los cuerpos (no la de la transmigración de un cuerpo á otro) no pueda ponerse delante de las inteligencias vulgares, ni lo que es santo sea echado á los perros, ni las margaritas á los puercos. Pues tal proceder sería impío y equivalente á hacer traición á las declaraciones misteriosas de la sabiduría de Dios... Basta, sin embargo, presentar en la forma de una narración histórica lo que se desea que contenga un significado secreto bajo el ropaje de la historia, para que los que sean capaces, puedan desentrañar por sí mismos todo lo que se relaciona con el asunto» (1). Luego desarrolla más por extenso el relato de la Torre de Babel y dice: «Ahora bien, si alguno tiene capacidad para ello, entienda que lo que asume la forma de historia, contiene algunas cosas que son literalmente verdad, al paso que encierra un significado más profundo...» (2).

Después de esforzarse en demostrar que el «Señor» era más poderoso que los otros Espíritus directores de las diferentes partes del mundo, y que sometió á su pueblo á la penalidad de vivir bajo el dominio de los otros poderes, reclamándolo luego en unión de todas las naciones menos favorecidas que podían ser redimidas, Orígenes concluye diciendo: «Según hemos observado anteriormente, debe entenderse que hacemos estas indicacioness con un significado oculto para señalar el error de los que aseguran...» (3) como hizo Celso.

Indica Orígenes que «el objeto del Cristianismo es que nos hagamos sabios» (4), y luego prosigue: «Si leéis los libros escritos después del tiempo de Jesús, veréis que aquellas multitudes de creyentes que oyen las parábolas, están, por decirlo así 'fuera', y sólo son dignas de las doctrinas exotéricas, al paso que los discípulos aprenden en privado la explicación de las parábolas. Pues privadamente mostraba Jesús todas las cosas á sus discípulos, estimando sobre la multitud á los que deseaban conocer su sabiduría. Y promete á los que creen en El, enviarles hombres sabios y escribas... También Pablo, en

(1) *Ibid*, cap. XXIX.
(2) *Ibid*, XX. XI.
(3) *Ibid*, cap. XXXII.
(4) *Ibid*, cap. XLV.

el catálogo de 'Charismata', suministrado por Dios, colocó en primer término 'la Palabra de Sabiduría'; en segundo, como inferior á ella, 'la palabra de conocimiento'; mas en tercero, y aun debajo, 'la fe'. Y como consideraba 'la Palabra' superior á los poderes milagrosos, coloca por ende 'el obrar milagros' y 'los dones curativos' en lugar inferior á los dones de la Palabra» (1).

El Evangelio ayudaba ciertamente al ignorante, «pero el haber sido educado, el haber estudiado las mejores opiniones y el ser sabio no son impedimentos para el conocimiento de Dios, sino por el contrario, una ayuda» (2). Por lo que hace á los no inteligentes, «trato de hacerles adelantar cuanto puedo, si bien no desearía construir la comunidad cristiana con semejantes materiales. Pues busco con preferencia á los más hábiles y agudos, porque son capaces de comprender el significado de las sentencias difíciles» (3). Aquí vemos francamente determinada la antigua idea cristiana de completo acuerdo con las consideraciones expuestas en el Cap. I de este libro. El ignorante tiene puesto en el Cristianismo, mas éste no fué destinado para ellos *solamente*, sino que tiene también enseñanzas profundas para los «hábiles y agudos».

En consideración á éstos hace un trabajo ímprobo para demostrar que las Escrituras judías y cristianas tienen significados secretos, ocultos bajo el velo de narraciones cuyo sentido externo las hace repelentes como absurdas; y así alude á la serpiente y al árbol de la vida y «á las demás declaraciones subsiguientes, las cuales podrían conducir por sí mismas, aun al más cándido lector, á la creencia de que todas estas cosas tienen, no sin razón, un significado alegórico» (4). Destina muchos capítulos á estos significados alegóricos y místicos, ocultos detrás de las palabras del Antiguo y Nuevo Testamento, y declara que Moisés y los egipcios producían historias cuyo sentido era secreto (5). «El que lee ingénuamente las narraciones» — este es el cánon general de interpretación de Orígenes — «y desea además prevenirse contra el error á que ellas pudieran inducirle, deberá ejercitar su juicio tratando de distinguir á qué declaraciones debe prestar su asentimiento, y cuáles debe aceptar en sentido figurado, y procurar descubrir la intención de los autores de tales invenciones, para hacerse cargo de las manifestaciones en que no debe creer, por haber sido escritas para satisfacción de determinadas personalidades solamente. Y hemos dicho esto por vía de anticipación á toda la historia referida en los Evangelios acerca de Jesús» (6). Una gran parte de su Libro Cuarto está dedicado á poner en claro las explicaciones

---

(1) *Ibid*, cap. XLVI.
(2) *Ibid*, caps. XLVII-LIV.
(3) *Ibid*, cap. LXXIV.
(4) *Ibid*, lib. IV, cap. XXXIX.
(5) Vol. X, *Origen Against Celsus*, lib. I, cap. XVII y otros.
(6) *Ibid*, cap. XLII.

místicas de los relatos de las Escrituras, y el que desee conocer el asunto debe leerlo.

En el libro *De Principiis* expone Orígenes, como enseñanza corriente en la Iglesia, «que las Escrituras fueron redactadas por el Espíritu de Dios, y que tienen no sólo el sentido que á primera vista aparece, sino también otro que se escapa á la observación de la mayor parte de la gente. Pues aquellas palabras que están escritas son las formas de ciertos Misterios, é imagen de cosas divinas. Respecto de lo cual existe la opinión en toda la Iglesia de que la totalidad de la ley es ciertamente espiritual; pero que el significado espiritual que la ley encierra no es conocido de todos, sino sólo de aquellos á quienes es concedida la gracia del Espíritu Santo por medio de la palabra de sabiduría y conocimiento» (1). Los que recuerden lo ya citado, verán en la «palabra de sabiduría» y en la «palabra de conocimiento» las dos instrucciones místicas típicas: la espiritual y la intelectual.

En el libro cuarto *De Principiis*, explica Orígenes á la larga su manera de ver á propósito de la interpretación de la Escritura. Tiene un «cuerpo», que es el «sentido común é histórico»; un «alma», el sentido figurado que hay que descubrir con el ejercicio del intelecto; y un «espíritu», el significado íntimo y divino, que sólo pueden conocer los que tienen «la mente de Cristo». Considera que se han introducido en la historia cosas incongruentes é imposibles, para estimular al lector inteligente y obligarle á buscar una explicación más profunda, al paso que la gente sencilla continuará leyendo sin apreciar las dificultades (2).

El cardenal Newman, en su libro *Arians of the Fourth Century*, hace algunas observaciones interesantes sobre la *Disciplina Arcani*; pero con el escepticismo profundamente arraigado del siglo XIX, no pudo creer por completo en las «riquezas de la gloria del Misterio», ó, lo que es más probable, no concibió ni por un momento la posibilidad de la existencia de realidades tan espléndidas. Era él, sin embargo, un creyente en Jesús, y las promesas de Jesús fueron claras y definidas: «No os dejaré huérfanos; vendré á vosotros. Aún un poquito de tiempo, y el mundo no me verá más; empero vosotros me veréis; porque yo vivo, y vosotros también viviréis. En ese día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros» (3). La promesa fué ampliamente cumplida, pues El vino á ellos y los instruyó en Sus Misterios; entonces le vieron ellos, aunque el mundo no le vió más, y reconocieron á Cristo en ellos y la vida de Cristo como la suya propia.

El cardenal Newman confiesa la existencia de una tradición secreta transmitida por los Apóstoles, pero la cree constituída por las doctrinas cristianas divulgadas más tarde, olvidándose de que aquellos de quienes se

(1) Vol. X, *De Principiis*. Prefacio, pág. 8.

(2) *Ibid*, cap. I.

(3) San Juan, XIV, 18-20.

había declarado que no eran todavía aptos para recibirla, no eran paganos, ni aun siquiera catecúmenos que estuviesen sometidos á instrucción, sino individuos que comulgaban plenamente dentro de la Iglesia Cristiana. De aquí que declare que esta tradición secreta fué más tarde «autorizadamente divulgada y perpetuada en forma de símbolos», incorporándosela «en los credos de los primitivos Concilios» (1). Pero como las doctrinas de los credos se encuentran claramente expresadas en los Evangelios y en las Epístolas, tal posición es completamente insostenible, pues todas ellas habían sido ya predicadas al mundo en general, y los miembros de la Iglesia estaban ciertamente bien instruídos en todas. Las repetidas declaraciones sobre el secreto pierden, pues, todo sentido, si se las explica de este modo. El cardenal dice, sin embargo, que lo que «no se haya hecho auténtico de este modo, ya se trate de informaciones proféticas, ya de comentarios sobre los pactos hechos por Dios con el hombre, está, por las circunstancias del caso, perdido para la Iglesia» (2). Esto es muy probable, y de hecho mucha verdad en lo que se refiere á la Iglesia, mas no por eso ha de considerarse imposible el adquirir de nuevo su posesión.

Comentando á Irineo, que en su obra *Contra las Herejías* sostiene con gran empeño la existencia de una Tradición Apostólica en la Iglesia, el cardenal escribe: «Pasa él luego á hablar de la claridad y evidencia de las tradiciones conservadas en la Iglesia, como informadoras de la verdadera sabiduría de los perfectos de que habla San Pablo y que los Gnósticos pretendían poseer. Y, á la verdad, aun sin pruebas formales de la existencia de una tradición apostólica y de su autoridad en los tiempos primitivos, es claro que ha debido existir una tradición, dado que los Apóstoles hablaban y que sus amigos conservaban su recuerdo, como acontece á los demás hombres. Es de todo punto inconcebible que no se hubiesen considerado en el caso de ordenar la serie de doctrinas reveladas de modo más sistemático que como las consignaron en las Escrituras, desde el momento en que sus convertidos se vieron expuestos á los ataques y calumnias de los herejes, á no ser que les estuviese prohibido hacerlo: suposición que no puede sostenerse. Sus declaraciones, de tal manera producidas, se habrían conservado seguramente en unión de esas otras verdades secretas, pero menos importantes, á que San Pablo parecía aludir, y que, poco ó mucho, reconocen los escritores primitivos, ya sea como concernientes á los tipos de la Iglesia Judía, ya sea como relativas á la suerte futura de la Cristiana. Y semejantes recuerdos de la enseñanza apostólica serían evidentemente obligatorios para la fe de los que fueron instruídos en ellos, á menos que se suponga que, aunque provenían de instructores inspirados, no eran de origen divino» (3). En una parte de la sección que trata del método alegórico, escribe, refiriéndose al sacrifi-

(1) *Lugar cit.*, cap. I, sec. III, pág. 55.
(2) *Ibid*, cap. I, sec. III, págs. 55-56.
(3) *Ibid*, págs. 54-55.

cio de Isaac, etc., como «típico de la revelación del Nuevo Testamento»: «Para corroborar esta observación, hay que hacer presente que parece haber habido (1) en la Iglesia una explicación tradicional de estos tipos históricos, proveniente de los Apóstoles, pero conservada entre las doctrinas secretas, como peligrosa para la mayor parte de los oyentes; y por cierto que en la Epístola á los hebreos nos ofrece San Pablo un ejemplo de tal tradición, tanto por lo existente como por lo secreta (aunque se demuestre que es de origen judío), cuando deteniéndose primero é inquiriendo la fe de sus hermanos, les comunica, no sin vacilación, el propósito evangélico del relato de Melquisedec, al ser introducido en el libro del Génesis» (2).

Las convulsiones sociales y políticas que acompañaron la muerte del Imperio romano, comenzaron á trabajar su enorme fábrica, y hasta los cristianos mismos se vieron envueltos en el torbellino de intereses egoístas puestos en lucha. Aun entonces encontramos referencias aisladas de enseñanzas especiales que se transmitían á los jefes é instructores de la Iglesia: conocimiento de las jerarquías celestes, instrucciones dadas por ángeles y otras por el estilo. Pero la falta de discípulos aptos fué causa de que los Misterios dejasen de tener la existencia de una institución conocida del público y de que la enseñanza se diese cada vez con mayor sigilo á las almas más y más raras que, por su instrucción, devoción y pureza, se mostraban capaces de recibirla. Ya no se encontraban escuelas donde se diesen las enseñanzas preliminares, y con la desaparición de éstas «se cerró la puerta».

Sin embargo, pueden rastrearse en el Cristianismo dos corrientes, cuyo origen eran los desvanecidos Misterios. Era una la corriente de instrucción mística, que emanaba de la Sabiduría, de la Gnosis, comunicada en los Misterios; la otra era la corriente de contemplación mística que formaba igualmente parte de la Gnosis, y que llevaba al éxtasis, á la visión espiritual. Empero divorciada esta última del conocimiento, rara vez alcanzaba el verdadero éxtasis, y tendía á extraviarse en el tumulto de las regiones inferiores de los mundos invisibles, ó á perderse en medio de la multitud abigarrada de las formas sutiles suprafísicas, asequibles como apariencias objetivas á la visión interna—prematuramente forzada por los ayunos, las vigilias y la atención intensa—, pero nacida en gran parte de las emociones y pensamientos del vidente. Aun cuando las formas observadas no fuesen pensamientos exteriorizados, veíanlas á través de una atmósfera contorcida de ideas y creencias preconcebidas, razón por la cual no ofrecían la debida confianza. Esto no obstante, algunas de las visiones eran realmente de asuntos celestiales; Jesús se aparecía verdaderamente de vez en cuando á sus fervientes adoradores, y en ocasiones los ángeles iluminaban con su presencia las celdas de los monjes de ambos sexos y las soledades de los que se entregaban al

(1) «Parece haber habido» es una expresión algún tanto débil, después de lo dicho por Clemente y Orígenes, de lo cual se ha dado en el texto algunos ejemplos.

(2) *Ibid*, pág. 62.

arrobamiento y de los que pacientemente buscaban á Dios. El negar la posibilidad de tales hechos sería asestar golpes á la raíz misma de «las más firmes creencias» de todas las religiones, y de las cuales participan por sus conocimientos todos los Ocultistas — la comunicación entre los espíritus sumidos en la carne y aquellos otros más sutilmente revestidos, el contacto de mente con mente á través de las barreras de la materia, la manifestación de la Divinidad que anida en el hombre, la certidumbre de una vida más allá de las puertas de la muerte.

(Se continuará.)



BUSCANDO LO POSITIVO

En nuestra sociedad actual existe un buen número de individuos que por falta de ideales que satisfagan su razón y su espíritu analizador, y no acertando á comprender el verdadero objeto de la vida, han concluído por caer en un escepticismo desconsolador. A esas personas no pueden satisfacerlas el modo de explicar el origen de las cosas que presentan los credos vulgares; su razón rechaza lo que está en pugna con los dictados de su conciencia, y, aun cuando se esforzaran en creer lo que esos credos sostienen y afirman, les sería esto una tarea completamente imposible; su inteligencia se ha desarrollado lo bastante para comprender que lo que choca con su razón y con los principios más elementales de la justicia, no puede ser verdad; que si existe un poder más allá del del hombre, debe este poder poseer en un grado mucho mayor el espíritu de justicia; pues deducen lógicamente que, á mayor poder, debe acompañar necesariamente una suma mayor de perfecciones, y que en la perfección, por ser tal, no puede caber la injusticia. Por esta razón rechazan, algunas veces bien á pesar suyo, las doctrinas que no están conformes con su modo de sentir interno.

Decimos bien á pesar suyo, por cuanto esas personas desean, y más que desear, necesitan creer en algo, mas ese algo ha de ser de modo que se adapte á las tendencias de su espíritu. Es un hecho muy significativo que al hombre no le sea posible creer en lo que, á veces por conveniencia, él mismo quisiera, lo cual pone de manifiesto de un modo indudable su dualidad.

Esta dualidad se hace tanto más ostensible cuanto mayor es el desarrollo intelectual y sobre todo moral del individuo. A medida que

el hombre se desarrolla, la Naturaleza le presenta perspectivas cada vez más amplias; ya no le es posible creer, como lo hace el niño, el cual cree lo que se le dice, por absurdo que sea, sino que debe creer como hombre que analiza, compara y deduce, y lo que cree lo hace en virtud de las facultades que posee y por medio de su libre albedrío. En esto consiste, á nuestro modo de ver, la verdadera creencia; lo demás, esto es, lo que llamamos fe ciega, no es creer; no es más que aceptar lo que dicen los demás sin examinarlo, es un algo indigesto con que atrofiamos nuestra inteligencia, es á manera de la medicina recetada por el médico que el enfermo toma sin saber lo que contiene, pues su estado anormal se lo impide: pero nosotros no nos hallamos, no queremos hallarnos en ese estado anormal, y, por lo tanto, debemos y queremos analizar lo que se nos da, á fin de aceptarlo ó rechazarlo después de un maduro examen.

Por esta razón, las consideraciones que vamos á exponer en este escrito las dedicamos especialmeute á las personas que buscan la verdad sin mezcla de pasión y sin ideas preconcebidas, y que son capaces de pensar sin intervención ajena, á fin de que las analicen y comparen y vean si les satisfacen y llenan el vacío que sienten en sus almas, en la esperanza de que, si no logramos llevar á sus espíritus el convencimiento de la bondad de las mismas, harán cuando menos justicia á la buena fe y sinceridad con que las ha escrito su autor.

En la Naturaleza todos los seres sin excepción, los unos inconsciente y los otros conscientemente, tienden y aspiran á mejorar su modo de ser presente, sea éste el que fuere, y esta ley general y absoluta lo mismo se aplica á los seres más rudimentarios que á aquellos cuyo grado de desarrollo se halla en un periodo más avanzado. En los seres inferiores, esta tendencia parece ser, como hemos indicado, inconsciente, ó á lo menos tal nos parece á nosotros, aun cuando no podemos tener de ello una seguridad absoluta; pero si en ellos no hay conciencia, poseen cuando menos una inteligencia y sensibilidad, más ó menos desarrollada, que les sirve de norma y guía para marchar por la senda que ha de conducirles á su desarrollo y progreso. Decimos que en los seres y formas, aun las más rudimentarias, como por ejemplo los minerales, existe inteligencia y sensibilidad, por cuanto sin ellas no sería posible que existiera tendencia alguna hacia un estado mejor, pues donde no hay un algo que dirija y un algo que desee y apetezca, no es posible tampoco que exista tendencia ó aspiración alguna, y sin esas tendencias y aspiraciones el progreso no sería posible y las formas volverian al caos de la materia primordial de donde surgieron, lo cual no

sucede, pues vemos por el contrario que todo se desarrolla y perfecciona. Todo lo que es, tal como nosotros comprendemos la palabra ser, y aun bajo otros modos de existencia que no podemos ver ni comprender, posee la facultad de sentir, y en donde existe la facultad de sentir debe existir forzosamente una inteligencia, por rudimentaria que sea, para percibir y apreciar esta sensasión, pues no se puede concebir lógicamente la sensación sin la inteligencia para apreciar la intensidad y alcance de esta sensación, así como tampoco puede concebirse á una inteligencia sin tener una sensación sobre la cual ejercer sus poderes de inspección, pues de otro modo esa inteligencia quedaría paralizada por falta de material sobre el cual pudiera ejercitar su acción, en cuyo caso dejaría de existir, ó mejor dicho, dado que nada de lo que existe puede dejar de existir, volvería al estado latente ó potencial hasta hallar de nuevo material sobre el cual pudiese trabajar.

Todo tiende al mejoramiento y á la perfección, debido á que sólo ésta puede hacer felices á los seres que pueblan los innumerables universos que se hallan esparcidos por el Espacio. Esta perfección, en la que está envuelta la felicidad que todos anhelamos, sólo puede obtenerse por medio del estudio asiduo de las leyes de la Naturaleza que todo lo rigen y gobiernan y á las cuales todo y todos estamos sujetos de una manera absoluta. Lo primero que se necesita, pues, es estudiar esas leyes á fin de comprenderlas tanto como nos lo permita nuestro desarrollo, y luego esforzarnos en seguir cuidadosamente sus preceptos á medida que los vayamos comprendiendo, pues el origen de todos nuestros males, lo que entorpece y retarda nuestro progreso, es la ignorancia de los medios que debemos poner en acción para llegar lo más rápidamente posible al fin que nos hemos propuesto. Pero para ello es indispensable que el hombre ame la verdad, que simpatice con la justicia y que se esfuerce en ser respetuoso y benévolo para con todos los seres vivientes.

Todos los mundos que vemos y los demás que no se hallan al alcance de nuestra vista, cuyo número es incomparablemente mayor, han sido formados para beneficio de los seres que los habitan, á fin de que puedan pasar por medio de un desarrollo gradual desde lo Absoluto Inconsciente, de donde proceden, á lo relativo consciente, ó sea á la individualidad que distingue, analiza y se siente distinta de lo que la rodea. Llamamos Inconsciente á lo Absoluto porque no podemos suponer que lo Absoluto piense, pues desde el momento que supongamos un ente que piense, ese ente debe pensar en algo que no es su pensamiento mismo, y, por lo tanto, ese ente no puede ser lo Absoluto,

dado que Este, para ser tal, debe contener en Sí Mismo al pensador, al pensamiento y al objeto del pensamiento.

De lo que antecede se deduce que todas las cosas, todos los universos y los seres que en ellas se desarrollan proceden de este Absoluto que todo lo contiene y, por lo tanto, todas las cosas y todos los seres tienen un origen común.

Para estudiar con provecho necesita el hombre una base sólida, un principio sobre qué apoyar sus razonamientos y deducciones, y nos parece que no existe una base más sólida para sentar el edificio de nuestras creencias que el aceptar un Absoluto que, por el mero hecho de ser tal, abarca en Si Mismo todas las cosas y contiene, también por ende, al Tiempo y al Espacio; de modo que no tiene principio ni está limitado y, por lo tanto, no habiendo tenido principio tampoco puede tener fin. Esta idea del Absoluto satisface nuestro corazón y nuestra conciencia y nos da la seguridad de que las leyes que de El emanan deben ser justas y hallarse de acuerdo con lo que nuestra razón demanda; pues al fin y al cabo la lógica y la razón de que nos hallamos dotados no son más que chispas infinitesimales del Mismo.

En esta idea del Absoluto se basa la creencia de la inmortalidad, no sólo del alma, sino de todo cuanto existe, pues si todo forma parte del Absoluto y todo de El procede, esto significa que nada ha sido creado de la nada y que todo cuanto existe es inmortal; pues para que algo de lo que existe dejara de existir, sería necesario que el Absoluto se destruyera á Si Mismo, y esto es una idea inconcebible y que pugna con nuestra razón.

Así, pues, basándonos en el concepto de que lo que no ha tenido principio no puede tampoco tener fin, podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que todo cuanto existe es eterno por necesidad. No queremos decir con esto que las cosas tal como las vemos ahora con nuestros sentidos físicos sean eternas, no, sino que la Substancia primaria de donde proceden y á la cual deben el ser, es eterna é inmortal. Si por medio de algún procedimiento nos fuera posible reducir, ó mejor dicho, volver á su primitivo estado cualquiera de los objetos que nos son conocidos, ese estado sería el de la Substancia primordial, eterna é infinita. Por poco que nos detengamos á reflexionar, hemos de ver que, si bien en la Naturaleza existe la destrucción de la forma ó cuerpos organizados, no existe, sin embargo, la aniquilación ó reducción á la nada. Lo que llamamos destrucción no es más que la división y subdivisión de un cuerpo que se convierte en varios cuerpos de una dimensión menor; éstos á su vez se dividen en partículas, las partículas

en células, las células en átomos, los cuales pasan al receptáculo general ó centro ambiente del Sistema Solar, para ser utilizados una y otra vez, hasta que, al llegar al fin de un gran periodo de vida, vuelven á resolverse en lo que eran, esto es, en Substancia primordial, eterna é indestructible.

Pero si bien todo es eterno é indestructible, no todo es consciente ni aun inteligente, y precisamente el objeto de la formación de los mundos no es otro que el de desarrollar seres que gradualmente adquieran una inteligencia y una conciencia que, si bien son muy rudimentarias al principio, serán capaces con el tiempo de comprender y abarcar el universo entero en el cual evolucionan.

Hemos llamado Inconsciente al Absoluto debido á que no posee, no puede poseer cualidades, por cuyo motivo no pueden aplicársele adjetivos que lo califiquen; pero para definir de algún modo á lo que no tiene definición posible, se emplea este término, si bien creemos que la frase que mejor puede sintetizarlo es la de No-Ser. Sin embargo, esta última palabra parece como que carece de sentido para nuestras limitadas percepciones, pero entendemos que á lo Absoluto no se le puede definir más que por medio de una negación. El Ser y el No-Ser son el efecto y la causa, pues el Ser, que es el efecto, procede del No-Ser que es la causa, la cual es sin principio y eterna. Todo lo que es, posee cualidades y es por ende limitado, por cuyo motivo es susceptible de recibir calificaciones, puede aplicársele adjetivos, en tanto que á lo Absoluto, como que carece de dimensión y no está sujeto al tiempo ni ocupa espacio, puesto que contiene en Si Mismo al Tiempo y al Espacio, no se le puede definir más que por medio de una negación, esto es, No-Ser.

Todos los cuerpos ocupan lugar en el Espacio, esto es, ocupan espacio dentro del Espacio, pero al Espacio no le limitan en lo más mínimo. Todos los mundos, todos los soles y todos los sistemas, por numerosos que sean los millares de millones que de ellos existen, aun cuando ocupen lugar en el Espacio, no lo limitan en lo más minimo; todos juntos son infinitamente menos que un punto geométrico dentro del Especio.

Ahora bien; si todo está contenido dentro del Espacio y todo procede de una Causa Primera sin principio; si todo procede de una Raiz sin raíz; si todo tiene un origen común, no es de extrañar que quien tales creencias profesa, afirme que todos los hombres y todos los demás seres que habitan en los innumerables mundos diseminados por el Espacio, son hermanos; pero esto, no sólo en virtud de un noble deseo

de unir á los hombres, para que cesen de una vez las muchas miserias y penalidades que debido á nuestra ignorancia nos aquejan, sino en virtud de una ley tan inmutable y eterna como la misma Causa de donde emanan. Cuando decimos que los hombres son hermanos, viene á ser como si dijéramos que lo son los dedos de nuestras manos; sí, ciertamente, los hombres son hermanos, pero más aún que hermanos, pues son una sola y misma cosa como los dedos de la mano; y así como los dedos de la mano se ayudan mútuamente y el dolor que puede aquejar á cualquiera de ellos repercute y es sentido por todos los demás, asi también lo bueno ó lo malo que pueda suceder á cualquiera de nuestros semejantes, nos afecta y repercute sobre nosotros, aun cuando no lo percibamos.

La humanidad terrestre puede compararse á una de las innumerables hojas que contiene un árbol frondoso, la cual, junto con todas las demás hojas sus hermanas, ó sean los demás mundos, recibe la savia que le da vida de un origen común que es el tronco, y lo que afecta á la una afecta á todas las demás, puesto que todas juntas no son más que una sola unidad.

Todas las individualidades proceden, como hemos dicho, de lo Absoluto, para volver al Mismo cuando llega el tiempo determinado por la Ley, pero en este larguísimo periodo deben adquirir la facultad de ser conscientes de sí mismas, pues, al partir de lo Absoluto, no poseen cualidades, y es menester adquirirlas, á fin de poder juzgar y sentir, bien sea con respecto á si mismas, ó con respecto á los demás seres ó cosas separadas. Este es el objeto de la evolución: adquirir la conciencia. Al principio de la evolución la Ley guía los primeros pasos de la naciente individualidad, del mismo modo que nosotros guiamos á nuestros hijos en su infancia; pero á medida que esta individualidad crece, se desarrolla y adquiere experiencia, puede tomar y toma una parte activa en su propio desarrollo, á fin de acelerarlo, cooperando así al objeto que la Ley se propone. Pero al llegar aquí, como que trabaja, por decirlo así, por cuenta propia, está sujeta á ciertas responsabilidades que aumentan progresivamente á medida que adquiere un conocimiento más amplio de la Ley. Quizá se preguntará: ¿Y en dónde está y cómo opera esta Ley? Por poco que nos detengamos á reflexionar, la hallaremos en nosotros mismos y en todo lo que nos rodea, pues todo, absolutamente todo, le está supeditado.

El hombre viene al mundo, pasa por la infancia y la adolescencia, llega á la virilidad y pasa desde la madurez á la decrepitud debido á esa Ley, sin que le sea posible apresurar ni detener los períodos de

tiempo que le conducen de un estado á otro y sin que su voluntad tome parte alguna en ello. Los mundos y sistemas están asimismo á ella sujetos, y, como el hombre, nacen, se desarrollan y, cuando han cumplido la misión que les estaba reservada, mueren, esto es, son desintegrados y resueltos en polvo cósmico hasta que de nuevo son llamados á formar nuevos cuerpos planetarios. Do quiera que volvamos la vista vemos á esa Ley que se cierne y afirma sobre todos los seres y cosas, pues por ella han venido á la existencia, y bajo su tutela cumplirán su misión.

Como se comprenderá fácilmente, para que le sea dable á la entidad pasar desde el estado inconsciente al de la conciencia, siquiera no sea ésta más que la que posee el hombre actual ordinario, se necesita un periodo de tiempo mucho mayor que el que llamamos vida humana. El progreso, así en el orden intelectual como en el moral, es muy lento, según podemos comprobarlo en nosotros mismos y en los demás. La lentitud con que se verifica el progreso está sintetizada en aquel aforismo tan vulgar de «genio y figura hasta la sepultura», el cual demuestra que el progreso que durante el lapso de tiempo que llamamos vida realizan la mayor parte de los hombres, es apenas perceptible. Sin embargo, todo progresa incesantemente, todo tiende á la perfección, así las cosas que impropiamente llamamos inanimadas por que no podemos percibir sus movimientos, como los seres cuya vida podemos percibir con nuestros actuales sentidos. No pasa un solo momento sin que éste se realice aun cuando no lo percibamos en los demás y á veces ni aun en nosotros mismos. Para detener la ola del progreso sería necesario que se detuviera la rueda del tiempo, y esto sí que es una cosa que todos sabemos y comprendemos que es imposible. Es natural, pues, que para pasar desde el estado de ignorancia y barbarie de un salvaje á la intelectualidad y cultura más ó menos desarrollada del que llamamos hombre civilizado—aunque mucho le falta para ser digno de este título—se necesita un periodo de tiempo mucho mayor que el que abarca la breve existencia humana. Mas si el salvaje muere en su estado abyecto, ¿cómo ha de serle posible alcanzar el grado de cultura del hombre civilizado? Nada muere, nada se aniquila; lo que vulgarmente se llama muerte, no es más que un cambio de estado, porque, como hemos dicho antes, todo cuanto existe es eterno é indestructible, como podemos comprobarlo por nosotros mismos por medio de mil ejemplos, de los cuales, como ilustración, sólo citaremos uno. Tomemos un recipiente que sea bastante sólido para resistir altas temperaturas; coloquemos en él una cantidad de agua, y una vez ce-

rrado herméticamente, expongámoslo á la acción del fuego, á fin de que el agua se convierta en vapor, y aun si la resistencia y capacidad del recipiente lo permite, para que esta agua se convierta en moléculas acuosas tan ténues y sutiles que serían invisibles á nuestra vista, si ésta pudiese penetrar en el interior del recipiente. En este caso no veríamos absolutamente nada, y sin embargo, el agua estaría allí presente del mismo modo que cuando se hallaba en estado líquido, como podríamos probarlo separando el recipiente de la acción del fuego, de modo que el agua pudiese volver á su estado normal. El agua estaría toda allí sin faltar una sola gota; lo que demuestra que el proceso á que la hemos sometido, no ha hecho más que hacerla pasar á un estado cuya sutileza la hace invisible á nuestros sentidos.

Así, pues, todo cambia, pero nada se aniquila, siendo el cambio la condición necesaria para el progreso. Del mismo modo la muerte no hace más que cambiar el estado de los seres, á fin de hacer posible su progreso. Por esta razón el salvaje, para alcanzar la cultura del hombre civilizado, debe cambiar de estado muchas veces, esto es, debe morir una y otra vez, lo cual es lo mismo que decir que debe renacer muchas veces, pues sólo por medio del renacimiento puede salvar la distancia que le separa del hombre civilizado, del mismo modo que éste debe salvar por medio del renacimiento la distancia que le aparta de otros seres que se hallan á un nivel mucho más elevado que el suyo, pues creemos que nos sobra razón para suponer que en los innumerables mundos que pueblan el Espacio, deben existir por necesidad seres cuyo desarrollo está muy por encima del nuestro.

Ahora bien; ¿cuál es el significado de la palabra renacimiento ó sea volver á nacer? Significa que la misma entidad que existió antes, que sintió y pensó, continúa existiendo y pensando en un cuerpo ó vehículo distinto del que habitaba anteriormente; significa que el hombre empieza una nueva etapa de su vida inmortal, pues verdaderamente cada vida terrestre no es más que una parte infinitesimal de nuestra verdadera vida. Sólo por medio del renacimiento puede el hombre alcanzar la perfección de que es susceptible en esta parte del universo en la cual estamos progresando actualmente. Hemos visto, y la misma Ciencia oficial lo confirma, que la materia es indestructible y por ende inmortal y eterna; y si la materia que es la parte más grosera de nuestro ser es eterna é indestructible, ¡cómo no lo ha de ser también su parte más noble y elevada! Nuestros cuerpos no son más que el vaso que contiene el líquido precioso de verdadera vida que trabaja por medio de ellos para hacerse consciente de sí mismo y de lo que le rodea. El su-

poner que la materia puede, por si sola, ser inteligente y consciente es un lamentable desvío debido á nuestra ignorancia que retarda indefinidamente nuestro progreso. La inteligencia y la conciencia no pueden proceder de una cosa ponderable y divisible y que cambia á cada momento y en cada circunstancia, como lo vemos en la materia. La inteligencia y la conciencia son imponderables é indivisibles, y ningún instrumento puede medirlas ni pesarlas. A nuestro modo de ver es un absurdo el suponer que lo ponderable puede producir lo imponderable; pues aun cuando dividiéramos—si es que esto nos fuese posible—un átomo de materia en un millón de partes, aun esta millonésima parte de átomo ocuparía lugar en el espacio y sería susceptible de ser pesado y medido. La inteligencia y la conciencia, por el contrario, no ocupan lugar en el espacio ni están sujetas á los cambios de temperatura, por cuyo motivo, cuando han llegado á un determinado grado de desarrollo, y una vez libres de las trabas de la materia, ni el tiempo ni el espacio tienen acción sobre ellas. La inteligencia y la conciencia son los atributos que la chispa de vida que parte del Absoluto necesita adquirir para dominar y dirigir el universo objetivo ó sea el universo material. La Vida y la Forma son los dos polos del Absoluto. La Vida sintetiza el universo subjetivo ó espiritual que no tiene forma, que no ocupa espacio y, por lo tanto, no está por él limitada, y la Forma sintetiza el universo objetivo ó material que ocupa espacio y que, por lo tanto, está por él limitada. La chispa de vida que procede de la Vida Una, es la entidad que pasa de un nacimiento á otro, aportando en cada nuevo renacimiento las experiencias adquiridas en los anteriores, como lo prueba lo que con mucha propiedad llamamos «facultades innatas». Si para nuestro bien quisiéramos ser consecuentes con nosotros mismos y nos detuviéramos á reflexionar un instante, veríamos que cuando admitimos que existen facultades innatas, hacemos con ello una confesión preciosa: la de que si un ser posee facultades innatas, las poseía ya antes de nacer. Y si las poseía antes de nacer, ¿en dónde, cómo y cuándo las adquirió?

No nos queda más que el dilema: ó hemos de negar las facultades innatas, que equivale á negar la misma evidencia, ó hemos de aceptar la doctrina del renacimiento. No se nos objete que aquellos niños que llamamos precoces—como si en la Naturaleza pudiese existir algo precoz, pues donde hay leyes que todo lo regulan no pueden existir precocidades—han heredado de sus padres, de sus abuelos ó de sus más remotos antecesores las extraordinarias facultades que demuestran desde su más tierna edad, pues esto, además de entrañar una tremenda injusticia que

no cabe, que no puede caber en la Naturaleza, negaría la ley del progreso. Efectivamente, sería una tremenda injusticia que un hombre heredara de sus progenitores corporales, sin ningún mérito para ello, y sin haber hecho el menor esfuerzo, las aptitudes que su antecesor adquirió quizá á costa de mil fatigas y penalidades. Se dirá que el hijo hereda del padre los bienes materiales y la posición y rango social sin ningún motivo justificado, y que esto también entraña una injusticia, pues á veces todo el mérito del hijo consiste en serlo de su padre. Verdaderamente; pero además de que esto obedece á una ley tan justa como lo es el nacer y el morir, á una ley retributiva que coloca á cada ser en el lugar que le corresponde, que es siempre el más apropiado para su desarrollo y progreso, la cual ley comprendemos más y más á medida que nos elevamos, debemos tener en cuenta que los bienes meteriales y la posición social están sujetos á mil percances y que pueden perderse y se pierden fácilmente, lo que no sucede con los bienes morales, los cuales ni podemos perderlos ni podemos darlos á nuestros hijos, ni nadie nos los puede quitar. Este es un hecho muy significativo; todo lo que es transitorio en el hombre puede perderse, puede darse y podemos tomarlo de otro; mas lo que es perenne, lo que en nosotros ha de ser eterno, nadie nos lo puede dar ni de nadie lo podemos quitar, sino que lo hemos de adquirir por nosotros mismos. Si se nos dijera que á un amigo nuestro le han robado la capa y el dinero que llevaba encima, esto seguramente provocaría nuestra indignación contra el ladrón, al paso que excitaría nuestra simpatía y compasión hacia el robado; pero si se nos dijera que á nuestro amigo le han robado su talento ó sus virtudes, esto provocaría nuestra hilaridad. No; las prendas morales, así como las intelectuales que el hombre por medio del esfuerzo y del sacrificio ha adquirido, no pueden perderse; pertenecen al número de aquellas que el Maestro de Nazareth decía que los ladrones no pueden robar, ni la polilla (ó sea el tiempo) pueden destruir. Esta capital diferencia entre lo perenne y lo transitorio, entre lo que se pierde y lo que no puede perderse, prueba que el hombre no es un mero juguete de fuerzas ciegas que lo llevan de acá para allá sin plan ni concierto, sino que, por el contrario, que el hombre puede adquirir por medio del estudio y de continuados esfuerzos una suma de conocimientos que le pongan al abrigo de las miserias y males de que se queja, los cuales no tienen otro origen que su ignorancia de las leyes de la Naturaleza.

(Se continuará.)



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

EN LAS CUEVAS DE KARLI

A las cinco de la mañana habíamos ya llegado al límite, no sólo de los caminos carreteros, sino de los caminos de herradura. Nuestro carro de bueyes no pudo avanzar más. La última media milla era un mar pedregoso. Teníamos que abandonar nuestra empresa ó subir á gatas una pendiente casi perpendicular de 200 pies de altura. Habíamos agotado los recursos de nuestro ingenio y con toda mansedumbre contemplábamos aquella masa histórica que teníamos delante, sin saber qué partido tomar. Casi en la cumbre de la montaña, bajo las suspendidas rocas, se veían una docena de negras aberturas. Centenares de peregrinos trepaban hacia ellas, pareciéndose, con sus vestidos de fiesta, á otras tantas hormigas rojizas y azules. En este punto, sin embargo, nuestros fieles amigos hindus vinieron en nuestra ayuda. Uno de ellos, poniendo en su boca la palma de la mano, produjo un sonido estridente, algo entre un grito y un silbido. Esta señal fué contestada desde arriba por un eco, y casi inmediatamente varios brahmanes medio desnudos, vigilantes hereditarios del templo, principiaron á descender por las rocas con la velocidad y destreza de gatos salvajes. Cinco minutos después estaban con nosotros, y atando á nuestros cuerpos fuertes correas, nos arrastraron, que no otra cosa fué el conducirnos hacia arriba. A la media hora, exhaustos, pero perfectamente sanos, nos encontramos ante el pórtico del templo principal, que hasta entonces habían ocultado á nuestra vista los árboles y cactus gigantescos.

Esta entrada majestuosa, apoyándose en cuatro pilares macizos, que forman un rectángulo, tiene cincuenta y dos pies de ancho y está cubierta de musgo y grabados antiguos. Ante ella está la «columna del león», llamada así á causa de los cuatro leones de tamaño natural, esculpidos y sentados espalda con espalda en su base. Sobre la entrada principal hay un enorme arco, con sus lados cubiertos de figuras colosales de hombres y mujeres, en frente del cual aparecen en relieve tres elefantes gigantescos con cabezas y

verdadera de la India, pero ni aun á él le fué jamás permitido tocar este libro. Los naturales creen generalmente que se le ofreció la iniciación en los misterios si adoptaba su religión. Como era un devoto arqueólogo, casi se resolvió á aceptar; pero, teniendo que volver á Inglaterra á causa de su salud, dejó este mundo antes de poder regresar á su país adoptivo, y así el enigma de este nuevo libro de la sibila permanece sin resolver.

Los Takurs de Rajputana, que, según se dice, poseen algunas de las bibliotecas subterráneas, ocupan en la India una posición semejante á la de los barones feudales europeos de la Edad Media. Nominalmente dependen de alguno de los príncipes del país ó del Gobierno inglés; pero *de hecho* son perfectamente independientes. Sus castillos están construídos en rocas elevadas, y además de la dificultad natural de penetrar en ellas, sus poseedores son doblemente inaccesibles por la circunstancia de que en cada uno de estos castillos existen largos pasajes secretos, solamente conocidos de su presente dueño, y que confía á su heredero solo á la hora de su muerte. Hemos visitado dos de esos lugares subterráneos, uno de ellos bastante espacioso para contener toda una aldea. No hay tortura que obligue á sus dueños á descubrir el secreto de la entrada, pero los Yogis y los Adeptos iniciados van y vienen libremente con la confianza absoluta de los Takurs.

Una historia semejante se refiere respecto de las librerías y pasajes subterráneos de Karli. En cuanto á los arqueólogos, no pueden ni siquiera determinar si este templo fué construído por buddhistas ó por brahmanes. El inmenso daghopa que oculta el Santuario de los Santuarios á los ojos de los devotos, está cubierto por un techo en forma de hongo y se parece á un minarete bajo con una cúpula. Los techos de este género son llamados «paraguas», y generalmente cobijan las estatuas de Buddha y de los sabios chinos. Mas, por otra parte, los adoradores de Shiva, que en los tiempos presentes poseen el templo, aseguran que esta baja construcción no es otra cosa sino un língam de Shiva. Además, las esculturas de los dioses y diosas, grabadas en la roca, impiden creer que el templo es de producción buddhista. Fergusson escribe: ¿Qué es este monumento de la antigüedad? ¿Pertenece á los hindus ó á los buddhistas? ¿Ha sido construído por planos hechos desde la muerte de Sakya Sing ó pertenece á una religión más antigua?

Esta es la cuestión. Si Fergusson, obligado por los hechos que resultan de las inscripciones á reconocer la antigüedad de Karli persiste en asegurar que Elefanta es de fecha muy posterior, no podrá resolver este dilema, por qué ambos estilos son exactamente los mismos y las esculturas de este último son aún más significativas. El atribuir los templos de Elefanta y Kanari á los buddhistas, y decir que sus períodos respectivos corresponden al siglo cuarto y quinto en el primer caso y al décimo en el segundo, es introducir en la historia un anacronismo muy extraño é infundado. Después del primer siglo anterior á nuestra Era no quedaba en la India un solo buddhista influyente. Vencidos y perseguidos por los brahmanes, emigraron á millares á Ceilán y á los distritos transhimaláyicos. Después de la muerte del rey

Asoka, el Buddhismo fué prontamente desbaratado, y en poco tiempo fué por completo desalojado por la teocracia brahmánica.

La hipótesis de Fergusson de que los partidarios de Sakya Sing, arrojados del continente por la intolerancia, buscaron probablemente un refugio en las islas que rodean á Bombay, no soporta un análisis crítico. Elefanta y Salsetta están muy cerca de Bombay, á dos y cinco millas de distancia respectivamente, y están llenos de antiguos templos hindus. ¿Es, pues, creíble que los brahmanes en el apogeo de su poder, precisamente antes de las invasiones musulmanas, fanáticos como eran, permitieran que estos aborrecidos herejes construyesen templos dentro de sus dominios en general y especialmente en Gharipuri, cuando esta última era una isla consagrada á sus pagodas hindas? No es necesario ser especialista ni arquitecto, ni un eminente arqueólogo para convencerse á primera vista de que los templos como Elefanta son obras de Cíclopes y que requieren siglos, no ya años, para su construcción. Al paso que en Karli todo está construído y esculpido con arreglo á un plan perfecto, en Elefanta parece como si miles de manos diferentes hubiesen trabajado en épocas distintas, siguiendo cada una sus propias ideas y modelando según su propia fantasía. Todas las tres cuevas están escavadas en una roca dura de pórfido. El primer templo es un cuadrado de 130 pies y 6 pulgadas de largo por 130 de ancho. Contiene veintiséis gruesas columnas y dieciséis pilastras. Entre algunas de ellas hay una distancia de 12 ó 16 pies, entre otras 15 pies 5 pulgadas, 13 pies 3 y media pulgadas, y así sucesivamente. La misma falta de uniformidad se encuentra en los pedestales de las columnas, cuya terminación y estilo varía constantemente.

¿Por qué, pues, no hemos de prestar alguna atención á las explicaciones de los brahmanes? Dicen que este templo fué principiado por los hijos de Pandu, después de la «gran guerra» Mahabharata, y que después de su muerte á todo verdadero creyente se le ordenó que continuara la obra con arreglo á sus propias ideas. De este modo se construyó el templo gradualmente durante tres siglos. Todo el que deseaba redimir sus pecados traía su cincel y se ponía á trabajar. Muchos fueron los individuos de familias reales y hasta reyes que personalmente tomaron parte en esta labor.

Al lado derecho del templo hay una piedra angular, un lingam de Shiva en su carácter de Fuerza Fructificadora, el cual está cobijado por una pequeña capilla cuadrada con cuatro puertas. Alrededor de esta capilla hay muchas figuras humanas colosales. Según los brahmanes, estas son estatuas que representan á los mismos escultores reales, que son los guardianes de las puertas del Santuario de los Santuarios, hindus de la casta más elevada. Cada una de las figuras mayores se apoya sobre un enano, representante de las castas inferiores, los cuales han sido promovidos por la fantasía popular al rango de demonios (Pisachas). Por otra parte, el templo está lleno de trabajos nada hábiles. Los brahmanes sostienen que este sitio sagrado no estaría abandonado si los hombres de las generaciones anteriores y presentes no fueran indignos de visitarlo. En cuanto á Kanari ó Kanhari y algunos

otros templos-cuevas, no hay la menor duda de que fueron construídos por buddhistas. En algunos de ellos se encontraron inscripciones en perfecto estado de conservación, y su estilo no hace recordar absolutamente nada las construcciones simbólicas de los brahmanes. El Arzobispo Heber cree que las cuevas de Kanari fueron construídas en los siglos primero y segundo del Cristianismo. Pero Elefanta es mucho más antiguo y debe ser clasificado entre los monumentos prehistóricos, esto es, su fecha debe asignarse á la época que siguió inmediatamente á la «gran guerra» Mahabharata. Por desgracia, la fecha de esta guerra es un punto de desacuerdo entre los hombres científicos europeos; el célebre é instruído Dr. Martín Hang cree que es casi antidiluviano, al paso que el no menos célebre y sabio Profesor Max Müller lo coloca lo más cerca posible del primer siglo de nuestra Era.

La feria llegaba á su punto culminante, cuando habiendo concluído de visitar las celdas, trepando á todos los pisos y examinando la celebrada «sala de luchadores», descendimos, no por las escaleras, de las cuales no se ve rastro alguno, sino á modo de cubos que sacan agua de un pozo, esto es, con ayuda de cuerdas. Una multitud de unas tres mil personas había acudido de las ciudades y aldeas vecinas. Las mujeres estaban adornadas desde la cintura abajo con brillantes saris de colores, con anillos en sus narices, orejas y labios y en todas partes del cuerpo donde podían sostener un anillo. Sus cabellos negrísimos, peinados tersamente hacia atrás, brillaban por el aceite de coco y estaban adornados de flores carmesí que se consagran á Shiva y á Bhavani: aspecto femenino de este dios.

Delante del templo había hileras de pequeñas tiendas donde podían comprarse todos los requisitos para los sacrificios usuales: yerbas aromáticas, incienso, madera de sándalo, anís, gulab y el polvo rojo con que los peregrinos rocían primero al ídolo y luego su propia cara. Fakires, bairagis, hosseins, toda la corporación de la hermandad mendicante se hallaba entre la multitud. Entrelazados con guirnaldas, con largos cabellos despeinados y retorcidos en el extremo superior de la cabeza como un verdadero moño, y con sus caras barbudas, presentaban una ridícula semejanza á monos desnudos. Algunos de ellos estaban cubiertos de heridas y contusiones debidas á la mortificación de la carne. También vimos algunos bunis, encantadores de serpientes, con docenas de diversos animales de esta especie alrededor de la cintura, cuello, brazos y piernas, modelos dignos de un pintor que tratase de representar la imagen de una Furia varón. Un jadugar era especialmente notable. Su cabeza estaba coronada de un turbante de cobras. Dilatando sus caperuzas y levantando sus cabezas de un verde obscuro semejantes á hojas, estos reptiles silbaban furiosamente, y con tanta fuerza, que el sonido se oía á cien pasos de distancia. Sus «dardos» vibraban como relámpagos y sus pequeños ojos brillaban de cólera á la aproximación de cualquiera de los que pasaban. La expresión «la picadura de una serpiente» es universal, pero

no describe con exactitud el proceso de causar una herida. La «picadura» de una serpiente es perfectamente inofensiva. Para que penetre el veneno en la sangre de un hombre, el animal tiene que atravesar la carne con sus colmillos, no picar con el dardo. El colmillo de la cobra, semejante á una aguja, comunica con la glándula del veneno, y si se le corta esta glándula la cobra no vive más de dos días. Por tanto, la suposición de los escépticos de que los bunis cortan esta glándula no es fundada. El término «silbar» no es tampoco exacto aplicado á las cobras. No silban. El ruido que producen es exactamente parecido al estertor de un moribundo. Todo el cuerpo de la cobra es sacudido por este fuerte y pesado gruñido.

Aquí tuvimos ocasión de presenciar un hecho que relato exactamente como ocurrió, sin meterme en explicaciones ó hipótesis de ningún género. Dejo á los naturalistas la solución del enigma.

Esperando ser bien pagado, el buni del turbante de cobras nos envió á decir con un muchacho que deseaba mucho mostrarnos sus poderes de encantador de serpientes. Por supuesto, aceptamos de muy buena gana pero con la condición de que entre nosotros y sus discípulos habría lo que monsieur Disraeli hubiese llamado una «frontera científica». Escogimos un sitio á unos quince pasos del círculo mágico. No me detendré á describir minuciosamente las tretas y maravillas que vimos, y procederé desde luego al hecho principal. Con ayuda de una vaguda, especie de flauta de bambú, el buni hizo que las cobras cayesen en una especie de sueño cataléptico. La melodía que tocaba, monótona, baja y original por todo extremo, por poco nos hace dormir á nosotros mismos. Como quiera que sea, á todos nos acometió un grandísimo sueño sin causa ninguna aparente. Fuimos sacados de este semiletargo por nuestro amigo Gulab-Sing que cogió un puñado de yerba, que nos era por completo desconocida, y nos aconsejó que nos frotásemos las sienes con ella. Entonces el buni sacó de un saco sucio una especie de piedra redonda, una cosa parecida al ojo de un pescado ó á un ónice con una mancha blanca en el centro. Declaró que todo aquel que comprase aquella piedra podría encantar á cualquier cobra (no produciendo efecto alguno en las serpientes de otra clase), paralizando al animal y haciéndola dormir. Por otra parte, según decía, esta piedra es el único remedio para la mordedura de la cobra. Basta con aplicar este talismán á la herida, en donde se adherirá tan firmemente, que no podrá arrancársela hasta que no haya absorbido todo el veneno, desprendiéndose entonces por sí misma, pasando así todo peligro.

Sabiendo nosotros que el Gobierno daría con mucho gusto un buen premio por la invención de un remedio para la mordedura de la cobra, no mostramos gran interés ante la aparición de la piedra. Mientras tanto, el buni principió á irritar á sus cobras. Escogió una de ocho pies de largo y literalmente la hizo enfurecer. La cobra rodeó con su cola un arbol, levantó la cabeza y silbó. El buni la dejó tranquilamente morderle un dedo, en el cual vimos todos gotas de sangre. Un grito unánime de horror salió de entre

la multitud; pero el buni pegó la piedra á su dedo y continuó la función.

«La glándula del veneno de la serpiente ha sido extraída»—observó nuestro coronel de Nueva York—. «Esto es una mera farsa.»

Como contestando á esta observación el buni cogió la cobra por el cuello, y después de una corta lucha le fijó dentro de la boca una pajuela de suerte que permanecía abierta, y acercándose á nosotros con la serpiente, nos la mostró á uno por uno separadamente, de suerte que todos vimos la glándula mortal en su boca. Pero nuestro coronel no daba su brazo á torcer tan fácilmente. «La glándula está en su sitio, no hay duda»—dijo—, «pero, ¿cómo podemos saber que realmente contiene veneno?

Entonces el buni hizo traer un gallo vivo, y atándole las patas, lo puso cerca de la serpiente. Esta, en un principio, no quiso hacer caso de su nueva víctima y continuó silbando al buni, que la atormentaba é irritaba, hasta que al fin se lanzó sobre la desdichada ave. El gallo intentó un débil cacareo, se estremeció una ó dos veces y quedó inmóvil. La muerte había sido instantánea. Los hechos son hechos, á pesar de los más exigentes críticos é incrédulos, y este pensamiento me anima á describir lo que pasó después. Poco á poco la cobra se enfureció de tal modo que, conforme pudimos cerciorarnos con toda evidencia, ni el mismo jadugar se atrevía á acercarse á ella. Como si estuviese pegada por su cola al tronco del árbol, la serpiente no cesaba de hender el aire con la parte superior de su cuerpo, tratando de morderlo todo. A algunos pasos de nosotros había un perro. Este pareció atraer la atención del buni durante algún tiempo. Sentado en el suelo, lo más lejos posible de su furioso discípulo, empezó á mirar fijamente al perro con ojos inmóviles y vidriosos y luego empezó á cantar con voz apenas perceptible. El perro se tornó inquieto. Poniendo el rabo entre las piernas trató de huir, pero permaneció como clavado en el suelo. Después de algunos segundos empezó á arrastrarse aproximándose más y más al buni, exhalando quejidos, pero sin poder apartar su mirada del encantador. Comprendí su intención y sentí grandísima compasión por el animal. Pero con horror sentí que no podía mover la lengua. No podía absolutamente levantarme ni mover un solo dedo. Por fortuna esta escena demoniaca no se prolongó. Tan pronto como el perro se acercó lo suficiente, la cobra lo mordió. El pobre animal cayó de espaldas, hizo algunos movimientos convulsivos con las patas y murió en seguida. No podía dudarse que no hubiese veneno en la glándula. Mientras tanto la piedra se había desprendido del dedo del buni y se aproximó á nosotros para enseñarnos el miembro curado. Todos vimos la señal de la picadura, un punto rojo no mayor que la cabeza de un alfiler ordinario.

Luego hizo que sus serpientes se levantasen sobre sus colas, y sosteniendo la piedra entre sus dedos, procedió á demostrar su influencia sobre las cobras. Mientras más acercaba su mano á la cabeza de una serpiente, tanto más retrocedía el cuerpo de la misma. Mirando fijamente la piedra, se estremecían, y una tras otra cayeron como paralizadas. El buni, entonces, se dirigió á nuestro escéptico coronel y le invitó á que hiciese la experiencia

por sí mismo. Todos protestamos con vigor, pero él no hizo caso y escogió una cobra de considerable tamaño. Armado con la piedra el coronel se aproximó valerosamente á la serpiente. Por un momento me sentí positivamente petrificada de terror. Inflando su caperuza, la cobra intentó lanzarse sobre él, pero detúvose repentinamente y, después de una pausa, principió á seguir con su cuerpo los movimientos circulares de la mano del coronel. Cuando puso la piedra del todo cerca de la cabeza del reptil, la serpiente se tambaleó como borracha, su silbido se debilitó, su caperuza cayó impotente á ambos lados de su cuello y sus ojos se cerraron, é inclinándose cada vez más, la serpiente cayó por último al suelo como un palo y se durmió.

Sólo entonces respiramos libremente. Llamando á un lado al hechicero, le expusimos nuestro deseo de comprarle la piedra, al cual accedió sin dificultad, y con asombro nuestro solo pidió por ella dos rupias. El talismán pasó á ser propiedad mía y aún lo conservo. El buni asegura, y nuestros amigos hindus lo confirman, que no es una piedra sino una excresencia. Se la encuentra en la boca de una cobra entre ciento, entre el hueso de la quijada superior y la piel del paladar. Esta «piedra» no está pegada al hueso, sino que cuelga del paladar envuelta en piel, de suerte que es muy fácil cortarla; pero después de esta operación se dice que la cobra muere. Si debemos creer á Bishu Nath, pues tal era el nombre de nuestro hechicero, esta excresencia confiere á la cobra que la posee el rango de rey sobre el resto de su especie.

(Se continuará).



MAGNETISMO ANIMAL Y MAGIA [1]

CUANDO apareció en 1818 mi obra capital, hacía poco aún que apareciera el magnetismo animal. Respecto á la explicación del mismo, y por lo que hace á la parte pasiva, á lo que sucede con el paciente, habíase proyectado alguna luz, ya que se hacía servir de principio explicativo la oposición, puesta de relieve por Reil, entre el sistema cerebral y el ganglionario; pero aún quedaba á obscuras la parte activa, el agente propiamente tal, mediante el cual provoca el magnetizador esos fenómenos. Tan-

(1) De la obra de Schopenahuer *Sobre la voluntad en la Naturaleza*, traducida al castellano por el Sr. Unamuno y publicada por la casa editorial del Sr. Rodríguez Serra.

teábase en todos los principios de explicación material que se hallaba á mano; el éter cósmico que lo penetraba todo, como Mesmer, ó la evaporación de la piel del magnetizador, tomada cual causa, como Stieglitz, y otras así. Algunas veces elevábanse hasta el flúido nervioso, que no era nada más que una palabra para designar algo desconocido. Apenas habia quien empezase á aclarar la verdad ateniéndose á la práctica de los iniciados. Por mi parte estaba yo muy lejos todavía de esperar que el magnetismo diese una confirmación directa á mis doctrinas.

Pero *dies diem docet'* y así ha ocurrido de entonces acá que aquel agente tan profundo que, partiendo del magnetizador, provoca afectos al parecer tan opuestos al curso regular de la Naturaleza, que es de disculpar lo mucho que se ha dudado de ellos, con terca incredulidad, y el prejuicio de una comisión en que se hallaban Franklin y Lavoisier, y en una palabra, todo lo que se ha dicho en contra de ello, tanto en el primero como en el segundo período (excepto el tosco y estúpido prejuicio sin investigación que de poco ha reina en Inglaterra), resulta el tal agente, merced á la gran maestra experiencia, no otra cosa que la *voluntad* del magnetizador. No creo que les quepa hoy la menor duda acerca de esto á los que unen la práctica con la teoría, por lo cual creo supérfluo citar las numerosas expresiones de magnetizadores que confirman mi aserto. Resulta, pues, que no sólo se ha corroborado con el tiempo la solución de Puysegur y de los más antiguos magnetizadores franceses, que decían: *veuillez et croyez*, ¡quered y creed!, esto es: «creed con confianza», sino que se ha desarrollado hasta llegar á servir de recta visión del proceso mismo (1). Del *Telurismo*, de Kieser, que sigue siendo el manual más fundamental y extenso de magnetismo animal, se deduce á toda satisfacción que ningún acto magnético es eficaz sin la voluntad, y que, viceversa, la mera voluntad, sin acto externo, puede provocar cualquier efecto magnético. La manipulación parece no ser más que un medio para fijar y á la vez dar cuerpo al acto volitivo y á su dirección. En tal sentido dice Kieser *(Tellur*, tom. 1, pág. 379): «Nace la manipulación

---

(1) Ya Puysegur mismo decía en el año 1784: «Cuando habéis magnetizado al enfermo, era vuestro objeto dormirlo, habiéndolo conseguido por el solo acto de vuestra voluntad; por otro acto de voluntad es como le despertaréis». *(Puysegur, Maguet. anim.* 2. edi. 1820. *Catéchisme magnetique* 150. 171.)

magnética de que son las manos del hombre, órganos activos del magnetizar, los órganos que expresan del modo más sensible la actividad del agente (esto es, de la voluntad).» Todavía con mayor precisión se expresa acerca de esto *Lausanne*, un magnetizador francés, en los *Annales du magnétisme animal*, 1814-1816, cuaderno 4, en que dice: «La acción del magnetismo no depende más que de la voluntad, es cierto; pero como el hombre tiene una forma exterior y sensible, todo lo que esté á su disposición, todo lo que tenga que obrar sobre él, ha de tener necesariamente una forma, y para que la voluntad obre es preciso que emplee un modo de acción». Puesto que, según mi doctrina, el organismo es el mero fenómeno, la sensibilización, la objetivación de la voluntad, y hasta propiamente nada más que la misma voluntad percibida cual representación en el cerebro, resulta que el acto externo de la manipulación coincide con el acto volitivo interno. Pero donde se verifique sin los pases de mano sucede esto de una manera en cierto modo artificiosa, por un rodeo, en cuanto es la fantasía la que sustituye al acto exterior y á las veces hasta á la presencia personal, por lo cual es mucho más difícil y rara vez se logra. En consecuencia de esto, dice Kieser, que la palabra «duerme», obra sobre el sonámbulo más enérgicamente que el mero querer interno del magnetizador. Y, por el contrario, la manipulación y la acción exterior en general, son propiamente un medio infalible para fijar la actividad volitiva del magnetizador, porque no caben actos exteriores sin voluntad alguna, ya que no son más que sensibilización de ella el cuerpo y sus órganos. De aquí se explica el que algunas veces magnetice el magnetizador, sin esfuerzo consciente de su voluntad y casi sin pensar en ello, produciendo efecto. Y por esto vemos que en las prescripciones que da Kieser al magnetizador, prohibe terminantemente todo pensar y reflexionar, tanto del médico como del paciente, acerca de la acción y pasión recíprocas, toda impresión exterior que pueda evocar representaciones, toda conversación entre ellos, toda presencia extraña, y hasta la de la luz del día, etc., recomendando que pase todo lo más inconscientemente posible, como también se exige en los tratamientos por simpatía. La verdadera razón de todo esto es que aquí es la voluntad eficaz, en su originalidad, en cuanto cosa en sí, lo que exige que se excluya lo más posible la representación, como campo distinto de aquélla, como algo secundario. Ejemplos de

hecho de la verdad de que lo propiamente operativo en el magnetizar es la voluntad, no siendo todo acto externo nada más que un vehículo, hállase en todos los más modernos y mejores escritos acerca de magnetismo, siendo una prolijidad innecesaria el reproducirlos aquí. Voy, sin embargo, á presentar uno, no porque sea especialmente notable, sino porque procede de un hombre extraordinario, teniendo peculiarísimo interés como testimonio suyo. Es Juan Pablo quien dice en una carta (impresa en *La verdad de la vida de Juan Pablo*, tomo VIII, pág. 120): «por dos veces he hecho casi dormir á la señora de K., en medio de mucha gente, y no más que por una mirada de firme voluntad, de la que nadie se dió cuenta, entrándola antes mareos y palidez hasta que tuvo que auxiliarla S.» Aun hoy en día se sustituye á la manipulación ordinaria la mera acción de coger y retener las manos del paciente, mientras mira éste fijamente, y la sustitución se hace con gran éxito, precisamente porque también este acto exterior es á propósito para fijar á la voluntad en dirección determinada. Pero lo que pone más que nada en claro ese poder inmediato que puede ejercer la voluntad sobre otro, son los maravillosos experimentos del Sr. Dupotet y de sus discípulos, llevados á cabo públicamente en París y en los que consiguió por su sola voluntad, sostenida con pocos gestos, doblar á personas extrañas y hasta que hicieran las más inauditas contorsiones (1).

---

(1) En 1854 he tenido el gusto de ver aquí las extraordinarias ejecuciones de este género llevadas á cabo por el Sr. Regazzoni de Bérgamo, ejecuciones en que era innegable el mágico poder de su voluntad sobre otros, y cuya autenticidad no puede ser para nadie dudosa, como no sea para aquel á quien haya rehusado la Naturaleza por completo toda capacidad de comprender estados patológicos, individuos que no deja de haber, y de los que deben hacerse juristas, eclesiásticos, comerciantes ó soldados, pero no médicos; ¡jamás, por el cielo!, porque las consecuencias serían mortales, ya que lo capital en la medicina es el diagnóstico. El Sr. Regazzoni podía reducir á completa catalepsia, á su voluntad, á la sonámbula que estaba en relación con él, y hasta llegaba á derribarla hacia atrás con su mera voluntad, sin gesto, estando ella andando y él quieto detrás. Podía paralizarla, darle calambres, que se le dilataran las pupilas, dejarla completamente insensible, y producirle los signos más inconfundibles del estado cataléptico. A una señora del público le hizo tocar el piano, y después, estando á 15 pasos de distancia detrás de ella, la paralizó, por la voluntad con gesto, de modo que no podía ya ella tocar. Colocóla después contra una columna y la encantó tan firmemente, que no podía separarse de allí, á pesar de los mayores esfuerzos. *Según mi observación,* cabe explicar casi todos sus experimentos, porque *aisla el cerebro de la médula espinal,* ó por completo, con lo

Un ejemplo de otro género para la verdad de que venimos tratando se nos da en las *Comunicaciones acerca de la sonámbula Augusta K. de Dresde, 1843*, en que dice ella misma: «Hallábame en semisueño; mi hermano quiso jugar un juego de él conocido. Le pegué porque no me gustaba el juego. Intentó él volver á las suyas, y fuí con mi voluntad opuesta á ello tan lejos, que no pudo ya pensar en su juego, á pesar de sus esfuerzos todos». Pero cuando llega la cosa á su punto culminante, es cuando ese poder inmediato de la voluntad se extiende hasta cuerpos inanimados. Por increíble que ello parezca, tenemos dos informes de muy diversa procedencia, y ambos en confirmación de lo dicho.

En el libro precitado, págs. 115, 116 y 318, se narra, citando testigos, que esa sonámbula separó la aguja de la brújula una vez 7 grados y otra 4, repitiendo cuatro veces el experimento, y que la separó sin servirse en nada de las manos, por su mera voluntad, fijando la mirada sobre la aguja. En la Revista inglesa *Britannia Galignani's Messenger* del 23 de Octubre de 1851, se cuenta que la sonámbula Prudencia Bernard, de París, en una sesión pública verificada en Londres, obligó á una aguja de brújula, con meros movimientos de cabeza, á que siguiese á éstos. Hicieron de jurado *(acted as jurors)* el señor Brewster, el hijo del físico, y dos otros señores del público.

Vemos, pues, que la voluntad, que he establecido como la cosa en sí, lo único real en toda existencia, el núcleo de la Na-

---

cual se paralizan todos los nervios sensibles y motores, produciéndose la catalepsia completa, ó alcanzando la parálisis no más que á los nervios *motores*, con lo que queda la sensibilidad y conserva la cabeza su conciencia en un cuerpo muerto. Así es como obra la estrignina; paraliza no más que los nervios motores, hasta el completo tétanos, que lleva á la muerte por sofocación, dejando intactos los nervios sensibles, y por lo tanto, la conciencia. Lo mismo hace Regazzoni con el influjo mágico de su voluntad. Muéstrase claro el instante de ese *aislamiento* por un cierto temblor peculiar que el paciente experimenta. Acerca de los experimentos de Regazzoni y de su autenticidad innegable para todo el que no esté cerrado al sentido de la Naturaleza orgánica, recomiendo un pequeño escrito en francés de L. A. B. Dubourg. *Antoine Regazzoni de Bergame á Francfort sur Main*. Francfort. nov. 1864. 31 páginas.

En el *Journal du Magnétisme ed Dupotet.*, del 25 de Agosto de 1856, en la crítica del escrito *De la catalepsie. Mémoire couronné*. 1856, 4.º, dice el crítico Morín: «La mayor parte de los caracteres que distinguen á la catalepsía pueden obtenerse artificialmente y sin peligro sobre los objetos magnéticos, siendo esto una de las experiencias más ordinarias de las sesiones magnéticas». (Nota á la 3.ª edición.)

turaleza, á partir del individuo humano, en el magnetismo animal y por sobre éste, cumple cosas que no cabe explicar, según el enlace causal, esto es, conforme á la ley del curso de la Naturaleza, y que llega hasta suprimir, en cierto modo, esta ley, ejerciendo una efectiva *actio in distans*, mostrando con ello un dominio sobrenatural, esto es, metafísico, sobre la Naturaleza. No sé qué confirmación más fehaciente puedo esperar para mi doctrina.

Lo es hasta tal punto, que un magnetizador, que sin duda no conoce mi filosofía, se ve llevado, á consecuencia de sus experiencias, á añadir al título de su libro *Una palabra sobre el magnetismo animal, los cuerpos anímicos y la esencia de la vida* (1840), por vía de explicación, las notables palabras siguientes: «ó prueba física de que la corriente animal magnética es el elemento, y *la voluntad el principio de toda vida espiritual y corporal.* Preséntasenos, pues, desde luego, el magnetismo animal como la *metafísica práctica,* concepto en que la designaba ya, llamándola *magia.* Bacon de Verulam, en su clasificación de las ciencias (*Instauratio magna*, libro III); es la metafísica empírica ó experimental. Como quiera que en el magnetismo animal surge á primera línea la voluntad como cosa en sí, vemos achicado al punto el *principium individuationis* (espacio y tiempo) perteneciente á la mera fenomenalidad; rómpense los límites que separan á los individuos; entre el magnetizador y la sonámbula no establece el espacio separación alguna, apareciendo comunidad de pensamientos y de movimientos volitivos; el estado de clarividencia suplanta al que concierne á la mera fenomenalidad, á las relaciones condicionadas por espacio y tiempo, que son cercanía y lontananza, presente y futuro.

A consecuencia de tal estado de cosas ha ido haciéndose valer poco á poco, elevándose casi hasta la certeza, á pesar de tantas razones y prejuicios á ella opuestos, la opinión de que el magnetismo animal y sus fenómenos son idénticos á una parte de la *magia* de antaño; á aquella famosa arte secreta, de cuya realidad han estado convencidos durante todas las edades, no sólo los tan duramente perseguidos siglos cristianos, sino también tantos otros pueblos de la tierra toda, sin exceptuar á los salvajes, y sobre cuya perniciosa aplicación imponen pena de muerte las doce tablas de los romanos, los libros de Moisés y hasta Platón en el libro onceno de las leyes. Que se la tomaba

muy en serio, aun en la ilustrada época romana, bajo los Antoninos, pruébalo la hermosa defensa judicial de Apuleyo contra las acusaciones de encantador (*oratio de magia*) que se le dirigieron amenazando su vida, defensa en que no se esfuerza más que en alejar de sí tal reproche, pero sin negar, ni mucho menos, la posibilidad de la magia, entrando á las veces en tan fútiles detalles como los que suelen figuran en los procesos medioevales contra las brujas. El siglo pasado es el único que en Europa forma excepción respecto á esta fe, debido á que Baltasar Becker, Tomasius y algunos otros, afirmaron la imposibilidad de toda magia con el sano propósito de cerrar para siempre la puerta á los crueles procesos contra las brujas. Esta opinión, favorecida por la filosofía de ese siglo, logró entonces sobreponerse, si bien no más que entre las clases ilustradas y cultas. El pueblo no ha dejado nunca de creer en la magia, ni aun en Inglaterra, cuyas clases ilustradas, por el contrario, con una fe de carbonero en cosas de religión, fe que las rebaja, saben unir una inquebrantable incredulidad á lo Santo Tomás ó á lo Tomasius, respecto á todos los hechos que se salen de las leyes del choque y el contrachoque ó de los ácidos y álcalis, sin que quieran confesar con su gran compatriota, que hay en el cielo y en la tierra más cosas que las que puede soñar su filosofía. Una rama de la antigua hay que se ha mantenido patente en el pueblo, en el ejercicio diario, merced á su beneficioso intento, y es la de las curas por simpatía, de cuya realidad no cabe dudar. Una de las más comunes es la cura simpática de las verrugas, cuya eficacia confirmó ya, por propia experiencia, el cauto y empírico Bacon de Verulam (*Silva silvarum*, pár. 97). Tenemos, además, que es tan frecuente, y con éxito, la conjura de la erisipela, que nada cuesta convencerse de ello, así como la de la fiebre y otras. No necesita explicación alguna, en vista de lo que llevamos dicho acerca del magnetismo, lo de que aquí el agente propiamente tal no son las palabras y ceremonias sin sentido, sino la voluntad del que hace la cura, como en el magnetizador. Ejemplos de curas por simpatía se hallan en el *Archivo de magnetismo animal*, de Kieser. Así, pues, estos dos hechos, el magnetismo animal y las curas por simpatía, acreditan empíricamente la posibilidad de una acción mágica, opuesta á la física, acción que rechazó tan perentoriamente el siglo pasado, no queriendo admitir como posible más que la física, producida por el mexo causal concebible.

Es una feliz circunstancia el que la confirmación de este modo de ver, aparecida en nuestros días, haya salido de la ciencia médica, porque ésta garantiza el que no ha de recibir un fuerte impulso en contrario el péndulo de la opinión, ni hemos de volver á la superstición de los tiempos rudos.

No es, empero, como se ha dicho ya, más que una parte de la magia aquella, cuya realidad se ha salvado por el magnetismo animal y las curas por simpatía; abarcaba mucho más aún, gran parte de la cual fué ahogada por los juicios condenatorios, pudiendo sospecharse que fué tenida en aprecio otra parte por su analogía con el magnetismo animal. Este, en efecto, y las curas por simpatía, no nos ofrecen más quo beneficiosas impresiones, conducentes á la salud, y semejantes á las que se nos presentan en la historia de la magia como obra de los llamados en España *saludadores* (Del Río *Disq. mag.*, lib. III, P. 2 y 4, pág. 7 y *Bodinus*, *Mag. daemon*, III, 2), que sufrieron también las condenaciones de la Iglesia. Pero la magia se empleaba más á menudo, por el contrario, con intención dañina. A juzgar por la analogía, es más que verosímil que la fuerza insidente que obrando inmediatamente sobre el individuo extraño, puede ejercer un influjo saludable, pueda obrar también sobre él, tan poderosamente cuando menos, de una manera perjudicial y perturbadora. Y si es que tuvo realidad alguna parte de la antigua magia, fuera de la reductible al magnetismo animal y á la cura simpática, fué de seguro aquella que se designaba con los nombres de *maleficium* y *fascinatio* y que dió ocasión á los más de los procesos por brujería. En el libro de Most acerca de las curas simpáticas, se encuentran un par de hechos que hay que contar entre los *maleficios*, y también en el *Archivo*, de Kieser, y en las historias de enfermos narradas por Bende Bensen (del tomo IX al XII), ocurren casos de enfermedades trasmitidas, sobre todo, á perros, que murieron de ellas. Que era conocida ya de Demócrito la *fascinatio* y que intentó explicarla como hecho, lo vemos en las *Symposiacae quaestiones*, de Plutarco, *Quaes.* v. 7. 6. Si se aceptan como verdaderos estos relatos, tiénese ya la clave del crimen de las brujas, pues no podía carecer de todo fundamento la celosa persecución de que eran blanco. Y aun cuando en la mayor parte de los casos reposara en un error y abuso, no por esto debemos creer tan ciegos á nuestros abuelos que vayamos á suponer que hubieran perseguido con tanto ahinco y por

tantos siglos un crimen que ni aun posible fuese. Resúltanos también comprensible, desde este punto de vista, el por qué el pueblo atribuye tercamente en todas partes y hasta el día de hoy ciertas enfermedades al *maleficio* (mal de ojo), sin que se pueda disuadirle de ello. Y como quiera que el progreso de los tiempos nos ha movido á no considerar una parte de aquel arte desacreditado como cosa tan vana como el siglo pasado la creyó, en ninguna parte resulta más necesaria que aquí cierta cautela para entresacar algunas verdades de la monserga de patrañas, engaños é insensateces, como las que se nos conservan en los escritos de Agripa de Nettesheim, Wierus Bodinus, Del Río, Bindsfeldt y otros. El engaño y la mentira, tan frecuentes por donde quiera, no tienen campo más libre que aquel en que puede suponerse que se han abandonado y hasta suprimido las leyes de la Naturaleza. Y por esto vemos que sobre la estrecha base de lo poco que puede ser verdadero en la magia, se levanta un colosal edificio de cuentos, de aventuras, y de los más extravagantes relatos, y que á consecuencia de ello se llevan á efecto durante siglos las mayores crueldades; en donde vemos cómo gana la mano la reflexión psicológica á la receptibilidad del intelecto humano para el absurdo más increíble, y la prontitud del corazón humano para sellarlo con crueldad.

(Se continuará.)



CUESTIONARIO

Pregunta 8.ª — *Vâhan* (Octubre 1899).

T. P.—¿Qué régimen especial alimenticio puede recomendarse como más favorable para construir un cuerpo astral sano, al hombre que está activamente ocupado en asuntos y negocios mundanos?

A. P. S.—En nada de cuanto á Teosofía se refiere están más divididas las opiniones que acerca de este punto. Dejando á un lado todo lo que se refiere á excesos en la comida y bebida—pues las personas sujetas á estos vicios nada tienen que ver con nuestro asunto—, mi opinión, sea como quiera, es que ningún régimen alimenticio puede afectar ó influir en la constitución del cuerpo astral, ni en el desarrollo de las facultades psíquicas. Las personas activamente ocupadas en negocios, harán bien en comer y beber

todo aquello que pueda ser útil á su salud física, y, por lo demás, pueden sentirse seguros de que, si sus mentes se nutren con un alimento sano, si persiguen fines elevados y poseen una comprensión inteligente acerca de la evolución á la cual pertenecen, á su debido tiempo, aunque no necesariamente en la presente vida, tendrán indudablemente un cuerpo astral sano, y aun vehículos más elevados.

Estrechamente relacionada con esta cuestión se sigue otra referente al fumar. Mi opinión, basada en una experiencia bastante larga, es que el tabaco, usado con prudencia, no produce ningún efecto dañino en el vehículo físico del hombre, mientras que la idea de que pueda tener ninguna clase de influencia sobre los vehículos superiores, me parece el colmo del absurdo. Pero en cuanto al fumar, considerado bajo el punto de vista de una costumbre—y lo mismo puede decirse de todas las demás costumbres—, la sana doctrina fué, según creo, expuesta una vez por un amigo en mi oído, quien me dijo: «Si yo supiera que tenía una costumbre que no podía abandonar, la abandonaría al siguiente día.»

K. B.—Si fuese posible dar á T. P. una respuesta categórica aplicable al caso de todos aquellos que están «activamente ocupados en asuntos y negocios», seguramente que sería muy bien recibida. Pero es tan difícil describir un régimen para el dispéptico cuerpo astral como para el físico. Nada hay de verdaderamente virtuoso en abstenerse de la carne ó del vino, ni tampoco hay nada de verdaderamente malo en hacer uso de ellos. Generalmente hablando, cuanto más puros y sencillos sean los alimentos con los cuales reparamos las pérdidas de nuestros cuerpos, tanto menores serán las influencias impuras que habremos de combatir y eliminar. Pero nosotros los occidentales hemos sido colocados por necesidades Kármicas en un clima donde para conservar las energías necesarias á la vida activa que llevamos necesitamos de un alimento que preste más fuerzas que el que necesitan los que han nacido en países donde la acción directa del sol calienta y vivifica. Nos sería difícil pasar agradablemente un invierno inglés vestidos con el ligero traje usado en la India, como nos es igualmente difícil saciar nuestra hambre alimentándonos de arroz y manteca clarificada. T. P. hallará, como lo han hallado antes que él todos cuantos se esfuerzan seriamente para alcanzar la vida superior, que él mismo es el mejor juez en semejantes materias. Las circunstancias que nos rodean difieren en cada caso individual. Mucho ha sido el daño causado por principiantes demasiado celosos, echando á volar la idea de que el alimento ordinario con que se nutre el pueblo inglés debía ser eliminado á cualquier precio, y este precio ha sido con frecuencia la separación del estudiante del seno de la familia; el semillero de continuas y mezquinas dificultades y disputas sobre los alimentos, y la causa de que el germen teosófico haya quedado reducido á un «mero juego de palabras», paralizando, mientras tanto, la acción de aquellas corrientes armoniosas que habrían podido atraer de una manera progresiva á algunos otros miembros de la familia.

En muchos casos, el verdadero propio sacrificio consistiría en comer una poco apetecible tajada de carne, al objeto de evitar molestias y para no llamar la atención, puesto que el propio sacrificio es la causa de todo verdadero progreso, ya sea astral ó espiritual.

¿No decía un Instructor Divino á sus discípulos 2000 años hace, cuando éstos discurrían y disputaban sobre esta misma cuestión, que no es lo que entra sino lo que sale de la boca del hombre lo que le contamina?

W. H. T.—Si la construcción de un «cuerpo astral sano» fuese solo cuestión de un régimen alimenticio, el aspirante tendría ante sí una tarea relativamente fácil; pero seguramente que la regulación de los deseos naturales por medio de la mente es de primera y más vital importancia. Cuando esto ha tenido lugar, cesa todo deseo de nutrirse con alimentos groseros, y sólo son asimiladas aquellas porciones que congenian con las necesidades del cuerpo físico. La clase de alimento necesario para que el cuerpo físico se conserve sano, depende, naturalmente, de su constitución, puesto que un alimento que para ciertas personas es saludable, podría resultar perjudicial para otras. Creo imposible idear un *menu* teosófico que resulte saludable á todas las constituciones, pero cada persona, con el conocimiento de las peculiaridades de sus órganos digestivos, debe elegir aquellos alimentos que la experiencia le demuestre ser los más á propósito para conservar su cuerpo sano, evitando, naturalmente, aquellos que su razón y conciencia le indiquen que deben ser eliminados. Con un cuerpo sano y una mente sana, «el astral» debe necesariamente ser también sano. Deberíase, además, tener presente el siguiente precepto del *Bhagavad Gita*: «El verdadero Yoga no es para aquel que come en demasía ó que se abstiene en exceso, ni para el que se excede en el dormir ó se entrega á prolongadas vigilias. El Yoga, que es el destructor de toda pena, es para aquel que es moderado en la comida y en los placeres, en la ejecución de sus actos, así como en el sueño y la vigilia.»

C. W. L.—Esta pregunta ha sido tantas veces contestada, tácita y explícitamente en la literatura teosófica, que parece extraño exista un estudiante que necesite formularla de nuevo. Si nuestro preguntante hubiese consultado una cualquiera de las obras más elementales que se han publicado, tales como *The Ancient Wisdom* (La Sabiduría Antigua) ó *Man and His Bodios* (El Hombre y sus Cuerpos), se habría ahorrado la molestia de escribir. Repetidas veces se ha dicho que el cuerpo astral es afectado directamente por los deseos y pasiones que el hombre permite se apoderen de su naturaleza, é indirectamente por las condiciones de los cuerpos mental y físico que tan estrechamente relacionados están con él. De estas dos influencias, la del cuerpo mental es con mucho la más potente, pues los pensamientos en los cuales el hombre habitualmente se complace, afectan á su cuerpo astral de una manera muy marcada, resultando con ello que su conexión sea más estrecha.

La influencia del cuerpo físico, sin embargo, es también muy grande, y en modo alguno debe ser descuidado por todos aquellos que sean sinceros en su deseo de progreso; á esta parte especial del asunto es á la que eviden-

tenente se refiere el autor de la pregunta. Las reglas son bastante sencillas y frecuentemente han sido dadas. Todo lo que se necesita es conservar el cuerpo puro y limpio, libre de todo lo que tienda á mancillarlo ó degradarlo, como sucede, por ejemplo, con el alcohol, la carne, el opio, el haschich ó tabaco.

Hasta una prescripción tan sencilla como esta es considerada algunas veces excesiva por personas que aún no están preparadas para entrar abiertamente en la vida que el ocultismo prescribe; pero aquí sólo escribimos para estudiantes que desean progresar, y que, por lo tanto, no vacilan en reprimir sus deseos físicos cuando ven que éstos estorban su progreso. Que todas estas cosas han de llevarse al terreno de la práctica de una manera progresiva, no puede ser dudoso para aquel que ha visto cuerpos astrales en condiciones suficientemente claras para poderlas comparar entre sí. La evidencia de esta verdad no se apoya en modo alguno sobre los inciertos informes de los clarividentes modernos; sea como quiera, la enseñanza antigua siempre ha prescrito la abstinencia de la carne y el alcohol, y la doctrina de Zoroastro prohibía además el tabaco. Pero á la verdad, cuando se apetece una vida más pura, no se necesitan argumentos para recomendarla; sus ventajas son tan patentes, que inmediatamente se aparecen claras al sentido común del estudiante.

Estos hechos innegables no deben, sin embargo, descorazonar á los pocos (y son muy pocos) que, con la mejor buena fe del mundo, después de repetidos y prolongados esfuerzos, ven que sus cuerpos físicos no pueden conservarse sanos, sin hacer uso de alguno de esos perniciosos estimulantes. Esas personas son víctimas de una herencia bien poco apetecible; pero después de todo, la posición en que se hallan es Kármica y lo único que puede hacerse en tal caso es sacar el mejor partido posible de una situación desgraciada, reduciendo á la más mínima expresión posible un mal que es inevitable. Un hombre semejante, que hace cuanto puede y está en su mano, y sólo cede cuando se ve compelido á ello de un modo absoluto, se hallará seguramente dotado en su próxima encarnación con un cuerpo físico más útil é idóneo que le permitirá formar un vehículo cuya pureza externa corresponda con la del espíritu interno.

NOTAS Y RECORTES

Se ha fundado en Valparaíso una Rama de la Sociedad Teosófica, con el título de Lob-Nor. También en Santiago de Chile se ha creado la Rama Asundhati, que con otra que hay en proyecto en la misma población, y las cuatro de la República Argentina, permitirán ya la constitución oficial de la Sección Sud-Americana.

NECROLOGÍA

A nuestro muy querido amigo y compañero D. Viriato Díaz-Pérez le aflige el dolor por la pérdida de su señor padre D. Nicolás Díaz-Pérez, que falleció el 16 de Junio último.

Nosotros también hemos perdido un verdadero amigo, de valiosísimas condiciones, de gran cultura, escritor eminente y miembro de muchas corporaciones científicas que se honraron contándole en su seno. Todos cuantos hemos conocido y tratado á D. Nicolás Díaz Pérez sentimos un gran vacío en nuestro corazón, motivado por la separación brusca del hombre que rindió especial tributo á la amistad, lleno de hidalguía y elevados sentimientos.

Unimos nuestro sentimiento al de sus hijos, y anhelamos la paz para ellos y el progreso para el amigo que nos ha dejado.

Desde estas líneas reiteramos nuestro afecto entrañable al amigo, al hermano, D. Viriato Díaz-Pérez, deseándole gran entereza de ánimo y tranquilidad de espíritu para soportar este dolor.

LA REDACCIÓN.

BIBLIOGRAFÍA

¿Qué es la Grafología? — Definición, objeto, medios de que se vale en sus diagnósticos, su valor científico, datos histórico-bibliográficos, leyes grafológicas, signos grafológicos, teoría de la armonía ó inarmonía de la escritura, clasificación y significado de los signos generales de la grafología, estudio de algunas de las particularidades del carácter, la Grafología en España, por F. Michel de Champourcin. — Folleto ilustrado con 5 láminas, conteniendo 51 reproducciones autográficas.—Barcelona, 1902.—Biblioteca Orientalista.

Este interesante trabajo sintético, escrito en correcto castellano, donde se exponen con claridad concisa las principales reglas porque se rige la ciencia grafológica y los rasgos elementales de la escritura representando las características morales del hombre, traerá innumerables adeptos á estos es-

tudios olvidados y que hoy renacen dotados de un impulso enérgico debido á la sistemática clasificación creada por los grafólogos modernos.

Los escépticos y los ignorantes clasificaron la grafología entre las artes adivinatorias, queriendo de este modo hacer escarnio de ella; pero no sospechaban que su concienzudo examen serviría para justificar ante el hombre curioso y científico la lógica de la quiromancia, la astrología y todas aquellas mal llamadas artes, que acompañan á la grafología en su destierro del campo de la pretendida ciencia moderna.

Vindicar la grafología, presentarla con sus caracteres de ciencia verdad, popularizarla y facilitar su estudio, son los objetos principales que persigue por el momento el Sr. Champourcin, quien prepara otra obra concienzuda y de mayor extensión, titulada *Apuntes sobre Grafología.*

Quizá en día no lejano se extenderá tanto el estudio de la grafología, que nadie desdeñará el confesar su adhesión á tan culta ciencia, y para entonces á nadie le cabrá duda de su utilidad en la vida diaria. Es más: hoy ya se ha reconocido aquí en España por alguien, que no parece estar tocado de achaques de mago, que la grafología es utilísima á los peritos calígrafos que muchas veces tienen que examinar documentos trazados por gentes sometidas á procesos criminales; y aun creemos nosotros que los conocimientos grafológicos pueden ayudar en muchos casos para identificar la autenticidad de documentos dudosos, siempre que se tengan antecedentes de las características morales del supuesto escritor. Y he aquí por dónde la grafología, esa ciencia menospreciada, pero cuyo régimen estrictamente científico y exacto es evidente, puede auxiliar á los tribunales de justicia, á las artes y á la historia. Hoy ya vemos considerada por muchos, según merece, la craneología ó frenología, habiéndose reconocido las ventajas que puede ofrecer si se tienen en cuenta los datos que esa ciencia suministra en la dirección de la enseñanza y corrección de los hombres. Pues de igual índole y peso son los datos que aporta la grafología, y el desdeñarlos antes de conocerlos y examinar su fundamento, bien puede motejarse de necedad.

Por esto nosotros creemos un bien el dar á conocer el trabajo del señor de Champourcin, en la seguridad de que nuestros lectores pensarán lo mismo después de leída la obra. Felicitamos al autor por sus estudios concienzudos en esta materia, y le auguramos un éxito completo con su libro.

M. T.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Madrid.